

## **CIUDAD DE BURGOS, VERANO DE 2017.**

### **UN TÚNEL DEL TIEMPO EN EL CORAZÓN DE CASTILLA.**

Por Matías Wiszniewer

---

*En el norte de Castilla y León, por el camino que va desde Madrid hasta las costas del Cantábrico, un maravilloso mundo de historias y prehistorias aguarda al viajero en esta antigua capital de Castilla.*

---

- ¿Qué se proponen los arqueólogos y paleontólogos de Atapuerca?

- Desentrañar las raíces del ser humano.

Así se pregunta y se responde el locutor al comienzo del documental que me recibió en el sitio arqueológico, cuando presenta las aventuras de aquellos especialistas que, cada verano, se sumergen con sacrificada pasión en los laberintos sedimentarios de la Sierra, para dedicar luego el resto del año al análisis de los materiales encontrados en las excavaciones.

Pero antes de encontrarme con las maravillas del Yacimiento de Atapuerca, me dejé llevar por trazos mucho más recientes de la Historia.

“Los ojos de Mío Cid mucho llanto van llorando...

‘¡Bendito seas, Dios mío, Padre que estás en lo alto!

Contra mí tramaron esto mis enemigos malvados”.

Tal el lamento del guerrero en el principio del *Cantar del Mío Cid*, la célebre oda dedicada al hijo más ilustre de Burgos.

“España se cuece en un horno de temperatura creciente”.

Así tituló el diario *El País* de Madrid aquella mañana de junio, en una de las primaveras más calurosas de los últimos cien años, cuando a bordo de un auto alquilado en la Terminal 4 del aeropuerto de Barajas, yo abandonaba semejante infierno rumbo a la España septentrional.

Tiempo antes, en mi hogar de Buenos Aires, durante uno de esos estados de embriaguez que me inunda cada vez que planifico un viaje a lejanas comarcas, había decidido que me detendría en Burgos, en Castilla y León, de camino entre Madrid y el Cantábrico. Me convocó la expectativa de caminar las calles de la primera capital de Castilla (donde fue niño Rodrigo Díaz antes de combatir como Cid Campeador), y la posibilidad concreta de adentrarme en los misterios arqueológicos del origen del hombre.

## **DESTINO BURGOS**

Partí hacia el norte desde el calor sofocante de Madrid, e hice un alto para almorzar en el bodegón de Gomellano, paraje Gumiel de Izán, cerca de Aranda del Duero.

Luego de la sopa de ajo, merluza a la plancha y una increíble natilla que se impuso al jugoso melón, continué avanzando entre ondulados verdes y escarpados ocre por el paisaje castellano. Dos horas más tarde llegaba al hotel burgalés, enclavado en la fachada de piedra de una iglesia del siglo XV. Mientras me acomodaba en el alojamiento, oscureció de golpe y comenzó un tronar apocalíptico. La tormenta que sobrevino cubrió la superficie de la ciudad, fundada en el año 884 como castillo cuando los ejércitos cristianos descendían desde el norte montañoso expulsando al invasor islámico.

Eché mano a mi equipo anti agua y salí del hotel. La temperatura había bajado no menos de quince grados en pocos minutos. Crucé el río Arlanzón -que entre jardines bien cuidados corta la ciudad en dos mitades-, mientras turistas y locales se refugiaban de la tempestad debajo del Arco de Santa María (puerta de la muralla del 1200, cuando Burgos era ya un próspero centro de comerciantes de lana y punto clave del Camino de Santiago), y de cuanto techo encontraran a su paso, dejando las calles desiertas.

## **TRAVESÍA del MERCADO**

Se complicó la tarde porque la angosta “Travesía del Mercado” (supuesta calle donde encontraría el “Museo del Libro *Fabrique de Basilea*” al que me dirigía) no era visible ni en los mapas impresos ni en *Google Maps*. Desde el mostrador de una farmacia que daba a la Plaza Mayor, una solidaria burgalesa me ayudó a encontrar el pasadizo. Llegué una hora antes del cierre y recorrí contra reloj las tres plantas del Museo, fascinante historia de esos trozos de material escrito que, con el nombre de “libro”, guardan la memoria de la civilización: desde tablillas sumerias de arcilla hasta “e-books”, pasando por papiros egipcios, manuscritos de monjes medievales abarrotados de bellísimas figuras, rollos de la *Torá* y del *Corán*, y otros tantos productos de la imprenta inventada por Gutenberg.

Al salir, el temporal había pasado. La cena fue un menú del Mesón de los Herreros, sobre el pasaje San Lorenzo (uno de los “centros gastronómicos” de la urbe, al otro es la Calle de la Sombrerería). Esta vez para el postre el melón le ganó a la natilla.

## **Y A LA MAÑANA SIGUIENTE...**

... volví a cruzar el Arlanzón, ahora bajo un sol tibio, hasta la Catedral del siglo XIII. De doble claustro, el magnífico templo alberga en el subsuelo un excelente museo de arte e historia. Salí hacia el este. Al llegar al viejo puente de San Pablo me topé

con la imponente estatua del Cid, homenaje de Burgos al hijo predilecto, que en aquel siglo XI de batallas que darían forma al futuro de la península, combatió tanto para reyes obedientes al papa como para visires enemigos.

Dejé al Cid y crucé el río una vez más, regresando al sur de la ciudad.

No me quedaba mucho tiempo, y algunas perturbaciones con entradas y horarios empeoraron la situación, pero logré completar el plan.

En el palacete renacentista que alberga al Museo de Burgos, pude contemplar los antecedentes prehistóricos, celtas, romanos, visigodos y medievales del bastión castellano. Después, a pocas cuadras, ingresé al enorme cubo vidriado del interactivo y multimedial Museo de la Evolución Humana, entre cuyos cristales viajé a los más diversos recodos de la prehistoria, y vi explicaciones sobre los descubrimientos de la Sierra, preparación ineludible para visitar Atapuerca.

### **AL PASADO MÁS REMOTO**

“El esplendor de Atapuerca será dentro de cien años” me dijo el joven arqueólogo al terminar su introducción a la visita. Entendí entonces que los notables hallazgos que ya habían convertido a la Sierra –a media hora en auto desde Burgos- en uno de los sitios arqueológicos más importantes del mundo, no eran más que un primer paso. Cuando llegué algo retrasado al CAREX (el Centro Experimental de Atapuerca), el anfitrión –que en otro momento me habría de aclarar que “aquí todos los arqueólogos somos guías de turismo”- ya estaba “fabricando” una herramienta bifaz de sílex. Luego pasó a mostrar la técnica básica de los primeros artistas de nuestra especie: llenó de cierto líquido terroso una pequeña vasija, sumergió allí una cánula, y con una segunda cánula sopló sobre el confín superior de la que estaba en la tinta. Entonces el aire lanzado generó efecto de vacío en dicho extremo de la cánula sumergida, haciendo que el brebaje emergiera y se dejase impulsar por el soplido del arqueólogo, rumbo a la mano que él mismo había apoyado en la pared de una cueva facsímil. Los asistentes pudimos así contemplar en directo la creación de una “mano rupestre”.

Más tarde, luego de visitar impecables reconstrucciones de los primeros lugares de culto y de enterramiento, y de practicar lanzamiento de flechas y arrojamiento de lanzas, entramos a una choza donde el guía procedió a generar fuego mediante fricción entre un listón de madera y una base lítica: teníamos ahora ante nuestros ojos uno de los acontecimientos esenciales de la historia de la cultura. Fue hace unos 400.000 años que los hombres aprendieron a domesticar el fuego, a trazar mediante ese acto radical la frontera –exclusivamente humana- entre lo crudo y lo cocido, a obtener luz en las tinieblas de la noche, y a reunirse alrededor de una hoguera para contarse historias, como aquellas que nos contaba ahora el arqueólogo a nosotros, como esta que yo cuento, ya sin fogata de por medio, a

través del teclado de un dispositivo informático, a interlocutores que ya no me rodean, que quizás no conozca ni llegaré a conocer, que no sé cómo, ni dónde, ni cuándo leerán este relato.

### **LOS YACIMIENTOS Y LA PARTIDA HACIA EL NORTE**

Un confortable bus nos llevó desde el CAREX hasta “lo que se puede ver” de los yacimientos, donde nos esperaba otro arqueólogo-guía. Lo primero que nos contó este segundo experto fue que los sitios que íbamos a recorrer quedaron a la vista cuando, a fines del siglo XIX, una compañía inglesa decidió cercenar la Sierra de Atapuerca para instalar 480 metros de vías de un ferrocarril que transportaría carbón hacia el Cantábrico. Las obras dejaron a la vista paredones de 18 metros de altura, y en esos paredones se encontraron cavidades que habían sido rellenadas por sedimentos a lo largo de cientos de miles de años.

Pudimos observar las estructuras que los investigadores diseñaron para llevar adelante su ciencia, y el guía nos llenó de asombro al explicarnos muchos de los hallazgos de las últimas décadas. En los albores de este siglo, en la *Sima del Elefante*, encontraron algo que cambió para siempre la historia de la prehistoria europea: huesos de homínidos de más de un millón de años, mostraron que los primeros europeos habían llegado al continente muchísimo antes de los que se creía.

Lo que me pregunté en Atapuerca es lo que me pregunto cada vez que estoy frente a rastros de tan pretéritos antepasados: qué de sus sueños, temores y conflictos habitan en lo que somos hoy, y qué de todo aquello que los impulsó a seguir adelante se perdió para siempre.

Inmerso en tales reflexiones abandoné el monumental sitio arqueológico y seguí hacia el Cantábrico. Me dirigí a esa franja de tierra de cristianos que –junto a otras herencias- fue germen de la España que hoy conocemos, y hacia esas otras Cuevas, las de Altamira, en que remotísimos pintores nos legaron algunas de las primeras obras maestras de la humanidad.